

MIÉRCOLES DE CENIZA

1ª lectura (Joel, 2, 12-18): *Convertíos a mí de todo corazón.*

Salmo (50, 3-6b.11-14.17): *«Misericordia, Señor, hemos pecado»*

2ª lectura (2ª Corintios, 5, 20 - 6, 2): *Ahora es el día de la salvación.*

Evangelio (Mateo 6, 1-6.16-18): *Tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará.*

Los ídolos no son cosa del pasado, ni sólo del ámbito religioso. La idolatría puede convivir tanto con el teísmo como con el ateísmo. La idolatría es muy peligrosa, pervierte el sentido de Dios, multiplica el pecado social, lo legitima y da buena conciencia al opresor, la característica de este revestimiento de la divinidad es la autojustificación (nadie puede pedir cuentas); y la intocabilidad (no puede ser cuestionada), además, tiene una gran fuerza de seducción, prometiendo toda clase de felicidad a sus seguidores. Nos ha convencido de que el mercado es la felicidad; los centros comerciales, nuestras iglesias; el beneficio, nuestro salvador; las compras “on-line” y el consumo, nuestros sacramentos.

El Concilio Vaticano II nos hizo recobrar el sentido y espíritu tradicional, devolviendo a la Cuaresma su significado sacramental, místico, como participación en el misterio pascual mediante el Bautismo y la Penitencia. Así, el camino, el modelo de la conversión nos lo marca el Misterio Pascual, que lo revivimos mediante las renunciaciones y promesas bautismales. Desde la perspectiva de la Pascua, dos aspectos, incluye el camino de la conversión: *Un abandonar el camino de los ídolos y un volver al auténtico camino de Dios.*

El primer paso en el camino de la conversión es tomar conciencia de nuestra realidad social y hasta qué punto somos solidarios y cómplices de ella. Nuestra sociedad mundial está seriamente enferma. Síntoma de esta enfermedad son los enormes sufrimientos y la inhumana justicia que alberga nuestro mundo. Nuestro planeta se ha convertido en un planeta de naufragos. Nuestra fe en Dios revelado nos ayuda a percibir que la raíz de todo este sufrimiento no es sólo una ideología, la del sistema del mercado, sino una idolatría.

Iniciamos hoy la Cuaresma con el rito de la imposición de la ceniza, y nos da la clave al colocar la ceniza a cada uno que se acerca: *«Convertíos y creed el evangelio»*. El gran símbolo bíblico de la conversión es el “*éxodo*”: salir de nuestro Egipto, romper con los actuales faraones que tienen esclavizado al pueblo, emprender el camino del desierto y así recuperar la libertad, condición necesaria para renovar la alianza con Dios y con los demás, y entrar en la “*tierra prometida*”. Esto es, la ciudad de los hijos de Dios y de los hermanos, en igualdad y sin privilegios. Es necesario hoy más que nunca no claudicar ni perder la utopía del Reino de Dios.

La Cuaresma es un tiempo propicio para renovar la exigencia y la necesidad siempre permanente de la conversión, pues como nos dice Jesús: *«Si no os convertís, todos pereceréis»*. Nuestra sociedad está seriamente enferma y necesitamos ser curados, sanados. Por eso la mirada compasiva y misericordiosa de Dios nos envió a su Hijo no para condenar al mundo, sino para que el hombre se salve y tenga vida en abundancia. Convertirse pues, es recuperar la salud, la vitalidad perdida. De aquí, que la Cuaresma sea una Buena Noticia: Anunciar, por parte de Dios, que nuestro mundo seriamente enfermo puede recuperar de nuevo su salud, su vitalidad.

Las tres prácticas que nos presenta el evangelio de Mateo al inicio de la Cuaresma no son exclusivas del judaísmo. Se encuentran presentes entre las prácticas de las grandes tradiciones religiosas. En tiempos de Jesús eran bien vistas y daban prestigio a quienes las realizaban, especialmente en público.

Jesús no niega el valor que tienen estas tres prácticas, sino que “*revela*” lo que los hipócritas esconden: la limosna, la oración y el ayuno tienen en común que hay que realizarlas en “*lo escondido*”. Lo principal de la vida, es el amor en lo discreto, nunca el pantalleo, el prestigio social y el querer dar buena imagen. La aparente imagen de ser buenos, es hipocresía.

La **limosna**, como el subsidio en la época actual, es fecunda si se realiza de forma escondida, anónima y sin esclavizar a quien pide. Compartir los bienes es fruto del amor por el prójimo necesitado de forma que pueda recuperar su dignidad y un trabajo.

El **ayuno** tiene como finalidad alimentar y reforzar el dominio de uno mismo, especialmente en lo que se refiere a la gratificación de los caprichos y deseos. No poner límites a esa gratificación nos hace cada vez más esclavos de nuestros deseos y el amor no es alimentado, más bien se transforma en egoísmo.

La **oración** ha sido colocada por Mateo en el centro de las tres, siendo literariamente y exegéticamente la práctica nuclear: la relación con Dios alimenta el dominio de sí y la comunicación cristiana de bienes.

Corazón transformado por un amor que nos sobrepasa. El amor rasga los corazones, no las vestiduras, cambiando nuestro narcisismo en disponibilidad amorosa para el que nos necesita. Y ese amor, escondido en el sufrimiento de la Cruz, es el que fundamenta una vida en la Gracia Salvadora (2ª lectura) proporcionándonos una Cuaresma alegre sin necesidad de carnavales. Estas prácticas, realizadas en lo escondido, nos ayudan a no desear una Iglesia de cristiandad, con influencia social. Más bien, una Iglesia de personas creyentes que son sal y luz para este mundo, desde el amor discreto.